
Pentimento o el mundo a fines del siglo veinte

Ricardo Israel *

¿Estamos presenciando “el fin de la historia”? Así lo propuso Francis Fukuyama en una publicación reciente.¹ Hace años que un planteamiento histórico-politológico no despertaba tanta polémica. Fukuyama entiende la historia en forma parecida a Hegel, por lo que “el fin” debe ser entendido en el sentido que se ha terminado el debate ideológico. Su proposición es que la caída del muro de Berlín implicaría la derrota definitiva de los paradigmas alternativos al liberalismo político y al capitalismo económico.

Al mismo tiempo, rara vez se produjo tal acuerdo en torno a la superficialidad de una argumentación. Mi análisis es diferente. Inscribo los cambios que nos ha tocado presenciar y las relaciones de poder que caracterizan al fin de siglo en términos de la “historia larga” de los países y de las tendencias que marcan el futuro de los pueblos.

¿Cuál será la reacción de un historiador del futuro al mirar hacia atrás, al estudiar los últimos años del siglo veinte? Probablemente observará fenómenos culturales y grandes tendencias. Entre los primeros anotará el rol del deporte y también lo sorprenderá el protagonismo del SIDA, toda vez que en la década anterior esta enfermedad era desconocida. Al observar las grandes líneas del devenir histórico, mencionará con toda probabilidad a la sociedad post-industrial, al impacto de la ciencia y la tecnología, pues por primera vez el hombre transforma a estas actividades en un componente central de su vida, indagando en ellas las respuestas que antes se buscaban sólo en Dios.²

En la misma línea, mencionará a la Cuenca del Pacífico, no porque sea una novedad que el hombre se vincule al mar, ya que las distintas civilizaciones han estado siempre ligadas a una cuenca marítima. Lo nuevo no es sólo el hecho de que se está haciendo historia, en el sentido que nunca antes esta cuenca fue

* Instituto de Ciencias Políticas, Universidad de Chile.

1. Francis Fukuyama: “The end of history” en *The National Interest*, N°16, verano de 1989.
2. Cfr. Ricardo Israel, *Un mundo cercano: el impacto político y económico de las nuevas tecnologías* (Universidad de Chile, 1984).

como en el presente, uno de los mayores ejes de fuerza, inteligencia y creatividad del mundo, sino también que jamás antes, en los miles de años de registro cultural del ser humano, éste había dispuesto del poder como para percibirse testigo de un proceso de tales proporciones. En el pasado, el Egeo fue desplazado por el Mediterráneo y éste por el Atlántico sin que la gran mayoría se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Más aún, Colón nunca previó que su hazaña iba a permitir la recreación de instituciones, tecnologías, idiomas y religiones europeas en el mundo nuevo.

El mundo de hoy es distinto. Poseemos la información como para prever las consecuencias globales de nuestros actos locales. Ejemplo de ello es el medio ambiente. También disponemos del conocimiento como para describir el mundo en el cual se inscribe esta transformación de los espacios geopolíticos en la era histórica que nos tocó vivir. Es lo que me propongo hacer en las páginas siguientes: analizar el contexto internacional en el cual se inscriben estos hechos. Lo mío será un llamado a la sobriedad, a la cautela. Mi argumentación se orienta en el sentido de analizar los cambios que hemos presenciado en los últimos años en términos de Historia Larga y de Historia Corta.

Por lo primero entiendo aquellos cambios de enorme trascendencia, generalmente lentos, que modifican actitudes, percepciones, formas de comportarse y actuar; aquello que conforma las características de los países y su gente; lo que está hecho para perdurar. Por historia corta entiendo las noticias que, por espectaculares que sean, no trascienden y son olvidadas por las generaciones siguientes. Es lo que ocurre con la mayoría de los titulares de prensa. ¿Dónde situar entonces el proceso que está teniendo lugar frente a nuestros ojos? ¿Cómo calificar la caída del muro de Berlín, el rol de Gorbachov en la Unión Soviética?

Lo que más llama la atención de este cierre del siglo XX es que está terminando como empezó, con el mismo tipo de rivalidades y conflictos nacionales. Es paradójico, pero en los mismos días en que se habla del mundo como un solo mercado y que la tecnología y las comunicaciones reducen el espacio, reaparecen viejas nacionalidades y particularismos locales que se creían enterrados. Es un fenómeno que yo calificaría de "pentimento" de la historia, haciendo alusión a las viejas pinturas que aparecen opacando lo que había sido dibujado por encima. La comparación con el inicio del siglo no es casual: el detonante de la primera guerra mundial se presentó en un país que ya no existe, Serbia. ¿Ya no existe? ¿Quién lo garantiza? El estado que lo cubrió, Yugoslavia, se encuentra sacudido por el mismo tipo de enfrentamientos que lo originaron. Surgió un nuevo país, pero ese hecho cambió muy poco la forma de ser y actuar de sus nacionalidades.

La espectacularidad periodística de las noticias que provienen de la Unión Soviética, Europa Central y Europa del Este les han hecho perder su perspectiva histórica. Toda generación puede decir que fue testigo de hechos importantes. Que los sistemas políticos se modifiquen profundamente cada 40 años no es novedad. Tampoco lo es que los países ingresen o se retiren de alianzas militares cada medio siglo. ¿Espectacular el año 1989? Por cierto, lo es.

Pero, ¿lo es más que 1918 o 1945? Al terminar la Primera Guerra Mundial, cuatro imperios habían desaparecido: el turco-otomano, el austro-húngaro, el del káiser alemán y el del zar ruso. Durante mucho tiempo la atención se centró en los dos últimos, ya que condujeron no sólo a la segunda guerra sino también al nazismo y al comunismo. Sin embargo, hoy entendemos que de igual significación fue la desaparición de los dos primeros, ya que el fin del imperio otomano hizo perder ante los ojos de Occidente importancia política al mundo musulmán hasta el resurgimiento dramático de los últimos tiempos. Del mismo modo, la liquidación del imperio austro-húngaro dejó al mundo sin la "Europa del medio", sin un colchón amortiguador de enorme importancia en el pasado, razón por la cual Oriente y Occidente volvieron a enfrentarse de nuevo. Lo único diferente fue que temporalmente ese enfrentamiento tomó el nombre de socialismo versus capitalismo. El mundo estuvo tan absorto en la apariencia más que en la esencia, que durante varias décadas se perpetró el generalizado error de llamar en forma global como "Europa del Este" a lo que geográfica e históricamente constituían tres Europas, la balcánica, la central y la propiamente oriental, que tienen tantas diferencias entre sí como las existentes entre la Europa sajona y la del Mediterráneo.

¿Espectacular 1989? Sin duda. ¿Pero más que 1945? La Segunda Guerra terminó con la presencia de dos y tan sólo dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, y con dos formidables imperios reducidos a la condición de potencias de segundo orden, Gran Bretaña y Francia. El orden internacional fue totalmente remodelado. Duraría alrededor de cuatro décadas. Nos parece mucho porque es el mundo que hemos vivido pero ¿qué son estos cuarenta y tantos años en comparación al par de miles que duró la construcción política de los faraones en Egipto o el milenio de la unión entre la cruz y la espada en el medioevo de la cristiandad europea?

Se llamó guerra fría. Tuvo muchos defectos, pero al menos tres grandes virtudes que deberán ser reconocidas: una de ellas, fue que sus protagonistas actuaron con enorme responsabilidad al manejar el inédito poder atómico del que dispusieron; otra, que le dieron a Europa una de las etapas más prolongadas de paz que ha conocido el continente en su historia y, finalmente que constituyó una de las pocas ocasiones en la historia en que el conflicto entre dos potencias a las que todo separa (tradicción, historia, sistema político y económico, ideología) y ambas expansionistas y misioneras, no termina en el enfrentamiento directo, como ocurriera tantas veces en el pasado (recordemos los conflictos entre España e Inglaterra, Francia y Alemania, etc.).

No hay duda que como consecuencia del colapso de los sistemas políticos de planificación central, han casi desaparecido las tensiones existentes entre los países que integraban las alianzas conocidas como Pacto de Varsovia y Organización del Atlántico Norte. ¿Pero el fin de la guerra fría significa que se acabaron las guerras? No, ni mucho menos.

En primer lugar, porque existen una infinidad de conflictos locales, cada vez con armas de mayor nivel tecnológico. Algunos ejemplos son la situación del Golfo Pérsico (que ya dio lugar a una guerra), el problema israelí-palestino y la disputa hindú-paquistaní por la región de Cachemira, las cua-

les podrían transformarse incluso en conflictos nucleares con cierta facilidad.

En segundo término, porque la relajación de tensiones en Europa va a conducir casi inevitablemente a una liquidación de las armas existentes y por consiguiente a una fuerte promoción y venta de ellas por parte de los países más ricos.

En tercer lugar, porque vamos a presenciar cambios en las alianzas militares, lo cual es algo que no debiera alarmarnos, toda vez que la historia y la geografía no cambian. A esto obedece la aparición de conflictos más que a la actitud de los líderes o a sus ideologías. Es por ello que esa nueva potencia que es la Alemania unida trastoca el balance de fuerzas. Los países van a buscar —al menos en Europa— su ubicación en este nuevo escenario. Por ello, con cierta probabilidad Francia se acercará más a la ex-Unión Soviética, y países como Checoslovaquia y Polonia buscarán protección —aun en la antes odiada Rusia— frente al poderío alemán. No es extraño ver a la ex-Unión Soviética totalmente remodelada ya que fue creada tan sólo en los primeros años de la década del veinte. Sin embargo, Rusia existe desde fines del siglo XV y pocos países tienen —a diferencia de las divisiones étnicas de lo que fue la URSS— tanta unidad racial, lingüística y cultural como ella. Siempre ha sido un poder europeo. Una Rusia sola y nacionalista puede ser un poder muchos más temible que la antigua URSS. Por su parte, Gran Bretaña privilegiará una vez más su alianza con los Estados Unidos, desempeñando los ingleses un rol de equilibrio frente a lo que ocurre en el continente. En verdad, Europa sin fronteras, con pasaporte, moneda y bandera común va a ceder su lugar a estimaciones más sobrias. Probablemente va a continuar el razonable proceso de integración económica, pero la fortaleza de la Alemania unida *vis à vis* con Gran Bretaña y Francia transformaría a una unión en un cuasiprotectorado, por lo que seguramente los países perjudicados tomarán medidas al respecto. En un sentido parecido, la tendencia integracionista debe ser interpretada con prudencia desde el punto de vista político, ya que es improbable que los parlamentos renuncien a sus derechos en favor de burocracias no electas por nadie. Es difícil imaginarse a la Cámara de los Comunes renunciando a cinco siglos de soberanía en favor de Bruselas.

La historia y el mundo de la política pueden ser, por tanto, descriptos en términos de conflictos. El conflicto es parte insustituible de la política. Un conflicto es reemplazado por otro. Sin embargo, aunque el panorama internacional puede ser visto así, existe una gran limitación: la capacidad analítica para explicarlo es escasa, se lo puede describir pero no explicar. Se puede confeccionar un amplio listado de conflictos, pero eso no nos basta para comprenderlos. ¿Cómo puede entenderse entonces el mundo en el que vivimos? ¿Cómo hacer para que la enorme cantidad de información de la que disponemos no nos abrume? La única manera es dejar de ver el panorama internacional únicamente en términos de catálogos de conflictos y empezar a percibirlo también en términos de tendencias.

El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua define a una tendencia como la “propensión e inclinación en los hombres y en las cosas hacia determinados fines”. Las tendencias no siempre son claras. Hoy podemos se-

ñalar que así como en el pasado existió un tránsito de la sociedad agraria a la sociedad industrial, ahora existe otro desde esta última a la informatizada. Sin embargo, cuando se iniciaron estos procesos poca gente se dio cuenta. Incluso, muchos ni siquiera advirtieron que la historia se había puesto en marcha. Más aún, las tendencias son casi siempre contradictorias. A fines del siglo veinte, la economía se ha internacionalizado, pero, salvo excepciones, como el medio ambiente, los temas políticos continúan siendo nacionales. Que la economía se internacionalice no debiera llamar la atención, es parte del mismo proceso que la transformó en regional primero y nacional después. Probablemente, es mucho menos impresionante que los Estados Unidos y el Canadá formen un solo mercado que el que California y Nueva York lo hubiesen hecho en el siglo pasado. Desde todo punto de vista, las disponibilidades tecnológicas y comunicacionales de las que dispone el hombre a fines de siglo transforman a esta tendencia en un proceso casi irreversible, ya que está basado en una revolución científica, y en ésta, a diferencia de lo que ocurre con las revoluciones sociales no existen procesos contrarrevolucionarios.³

Sin embargo, lo político no opera con el mismo automatismo y así lo muestra el despertar de los nacionalismos, cuando ya se suponía que el mundo se había transformado en una "aldea global". Es cierto que en el terreno económico las barreras nacionales han cedido y los gobiernos han perdido prácticamente control sobre muchas de sus decisiones, transfiriéndolas a grandes corporaciones transnacionales y a la banca. ¿Pero significa esto que se acabó la nación-estado? No. Esa construcción humana llamada estado nacional, desarrollada y fortalecida en un proceso que en general ha tenido lugar tan sólo durante los últimos trescientos años, está todavía gozando de buena salud y en el porvenir previsible parece seguir siendo el marco de referencia del imperio de la fuerza y del derecho.

La relación nacional/internacional no es el único lugar en el que no se sabe si nos encontramos a mitad de camino de la entrada o de la salida del túnel. El efecto de no saber si el vaso está medio lleno o medio vacío también se da en demografía. No sólo va a haber más gente, también ésta vivirá más años. Pero, mientras en Europa la población va a declinar, en Africa ocurrirá lo contrario. Este problema va a impactar también a las cohortes de edad: en el continente negro los jóvenes menores de 15 años van a constituir un porcentaje casi mayoritario de la población, mientras que en la vieja Europa, su presencia va a ser de relevancia secundaria. ¿Qué harán los países más desarrollados? ¿Importar población? ¿Transferir parte sustancial de su producción de bienes y servicios?

El propio desarrollo científico y tecnológico altera la capacidad predictiva de las tendencias. En la década del 60 el Club de Roma alentó el catastrofismo. Lo mismo ocurrió en la década siguiente como consecuencia del alza de precio del petróleo. Sin embargo, contrariamente a lo que se afirmó en su oportunidad,

3. Lo que no indica, como señalamos más adelante que la revolución científica suponga el "progreso indefinido"; puede constituir por el contrario, una tendencia hacia la destrucción o la muerte.

no existe déficit de recursos en la Tierra. Si se hubiesen concretado las predicciones de hace algunos años ahora debiera haber déficit de alimentos y de combustibles fósiles en la Tierra. Nada de ello ocurrió. Por el contrario, la mayoría de los países son hoy autosuficientes en granos.

Lo que pasó fue que en las últimas décadas existió un formidable proceso de expansión del conocimiento, una verdadera revolución científico-tecnológica que amplió enormemente el ámbito de lo posible para los seres humanos y que trajo consigo nuevas y a veces impensadas soluciones para viejos problemas.

¿Qué factores entonces marcan la diferencia en poderío de las naciones? El primer factor y al mismo tiempo, tendencia, tiene que ver con la revolución científico-tecnológica que estamos presenciando. No es que el hombre esté inventando por primera vez. Siempre lo ha hecho. Lo que pasó fue que se produjo un cambio cultural de enorme trascendencia: se incorporó este factor en forma irreversible dentro de la sociedad y de su proceso de toma de decisiones. Incluso se recurre a la ciencia y a la tecnología como solución a los problemas que ellas mismas han creado como en el caso del medio ambiente. La unión de computadores y telecomunicaciones implica un cambio de profundidad quizás superior a lo que significaron en el pasado la aplicación del vapor y la aparición de la electricidad.

La revolución actual no sólo nos abre las fronteras de lo posible sino que nos muestra también una nueva visión del desarrollo, el cual sigue siendo relativo y transitorio (somos desarrollados o subdesarrollados en relación con otros y con el pasado) pero depende cada vez menos de capital, territorio y materias primas y cada vez más de la utilización eficiente de los recursos humanos. Es decir, el desarrollo es función de la inteligencia existente en una sociedad determinada. Es un resultado del pensamiento, del original en primer lugar, que se hace obsoleto con una notable velocidad.

Por otra parte la sociedad de la información reestructuró casi totalmente el tipo de industrialización que surgió con la revolución industrial. Este proceso que ha tenido lugar ante nuestros ojos en las últimas dos décadas está cambiando la economía mundial.⁴ No percibimos exactamente en qué forma, ya que vivimos la inestabilidad de la transición. Sólo sabemos que el camino al éxito no va por el de la industrialización tradicional. El capital se ha internacionalizado más que en ninguna otra época de la historia del ser humano, aunque no está claro quién emergerá como ganador en la competencia global.

Otro elemento esencial es la tendencia a alejarse de la burocratización. Obvio en lo político, pero también presente en lo social y en lo económico. Se busca la heterogeneidad más que la homogeneidad. El debate entre socialismo y capitalismo parece fuera de lugar. Se diferencian más los agentes que asignan los recursos (privados o estatales) que los objetivos perseguidos. Hoy ya no se duda que el mercado combina más eficientemente los recursos, pero en ningún caso se ha probado su superioridad ética. Grandes avances han

4. Cfr. Ricardo Israel, "La perestroika de Occidente", *Política*, N° 21, Santiago de Chile, 1989.

obtenido los hombres a través de la competencia, pero también enormes éxitos gracias a la cooperación. Además, hay áreas como salud, educación y medio ambiente donde el mercado no es el mejor asignador de recursos: lo es sí la libertad para pensar y crear.

Los cambios más difíciles son, sin embargo, los culturales. Los productos cambian todos los días, la gente no. En lo esencial los seres humanos cambian muy, pero muy lentamente. La "historia larga" se hace presente. En ese sentido estamos en camino de una transformación trascendente. Durante siglos nuestro mundo fue "newtoniano", mecánico, lineal. Fue el mundo de la sociedad industrial, incluyendo a sus partidos políticos. Hoy, el mecanicismo y la estructura "cartesiana" de pensamiento ceden su lugar con parsimonia al mundo relativo de Einstein. La revolución que llegó a la Física a principios de siglo está demorando décadas en penetrar en nuestros esquemas de pensamiento.

En relación a esas tendencias, ¿qué se debe hacer? o mejor dicho, ¿qué se puede hacer? Mi argumento es que lo político no nos debe llamar tanto la atención. El proceso de ascenso y caída de regímenes políticos es algo enteramente normal. Más aún, la crisis de los gobiernos comunistas en caso alguno implica una derrota histórica del socialismo, ya que esa corriente de pensamiento y las ideologías igualitaristas tienen una tradición milenaria que se ha expresado a través de formas diversas. Lo más probable es que esos ideales se manifiesten de otra manera, y no debiera sorprender si vuelven a ser gobierno bajo otras etiquetas. No. Eso no es algo sorprendente. Lo realmente destacable del período histórico que nos ha tocado vivir es la nueva fase que trajeron consigo la ciencia y la tecnología. Tanto quienes tienen una visión catastrofista de estos cambios como quienes anuncian una nueva utopía coinciden en proclamar que estamos ante una etapa distinta de la evolución humana. Querámoslo o no entraremos a esa sociedad.

Ciertamente nuestro lugar va a depender de nuestra actitud. El ¿qué hacer? pasa por entender cuales son las nuevas características y, sobre todo, cuáles los desafíos. Es difícil pensar que podamos encontrar un lugar fuera de estas tendencias. Tarde o temprano todos los países van a ser avasallados por la sociedad post-industrial. El problema no es si se van a integrar, sino cuándo y cómo. Un criterio para definir la inteligencia es la adaptación al medio, por lo que se van a beneficiar aquellos países que más rápidamente se ubiquen en estas grandes tendencias.

Es también importante darse cuenta que la llave del éxito no pasa por la imitación. Todo lo contrario, el gran error reside en el intento de calcar mecánicamente lo que han hecho otros. Es así como la exportación de las instituciones políticas y económicas que tan buen resultado han dado en los Estados Unidos o Gran Bretaña ha terminado generalmente en el fracaso.

El desarrollo no es absoluto, es relativo. Su secreto depende de la capacidad de pensar y crear. En relación al pasado, esta convulsionada era que nos ha tocado vivir tiene una ventaja: existe menos soberbia en el sentido de que no se pretenden tener todas las soluciones. Se han producido suficientes desilusiones como para aceptar que existen más preguntas que respuestas. ¿De qué nos hallamos seguros entonces?

Estamos en un período de transición. De ahí la sensación de crisis generalizada, de eventos que no controlamos, de sucesos que nos agobian. Nos encontramos ingresando a una nueva sociedad, quizás ni mejor ni peor, tan sólo distinta. Para prosperar necesitamos darnos cuenta de lo que ocurre y encontrar nuestro propio camino. La imitación sería nuestra ruina. Cambio y crisis siempre han coexistido en la historia. Nunca —eso sí— han parecido ir tan rápido. Eso es lo particular, y la revolución de las comunicaciones no es ajena a esa sensación, ya que la TV transforma a todo en espectáculo, sea el deporte o la política.

El concepto de crisis implica riesgos pero también oportunidades. Los países al igual que los individuos se hunden o se levantan. Al movernos hacia un universo einsteiniano de verdades que parecen competitivas entre sí, nada parece estar seguro. ¿Cómo enfrentar esta relativización de todo? La respuesta pasa por contraponer valores y principios. Los valores son relativos, mis valores son distintos a los de otros. Los suyos a los míos. Sin embargo, los principios son inmutables, pocos e inamovibles. Principios como el “no mentirás” o “el fin nunca justifica los medios” son inmutables ya que no se puede mentir un poco: simplemente se miente o no se miente.

Lo anterior es una buena introducción para un tema que a propósito dejé para el final: el del poder. Durante mucho tiempo se siguió la definición clásica de poder: existe poder cuando A obliga a B a hacer algo que de otra manera no haría. Hoy entendemos que la fuente de poder supremo es cuando B no necesita ser obligado, cuando está convencido. Hoy existe la capacidad como para hacerlo sutilmente, como para condicionar la respuesta sin que el sujeto se dé cuenta que ha sido transformado en objeto. La propaganda política y la publicidad comercial son un buen ejemplo de lo anterior.

Por otra parte también entendemos que el poder no es una instancia única, sino que existe a diferentes niveles en el tejido social. Todos ingresamos a relaciones de poder cada vez que establecemos alguna posición de jerarquía: así, existen relaciones de poder entre los sexos, en el lugar de trabajo, entre profesor y alumno; no sólo entre gobernante y gobernado. Todos somos a la vez dominantes y dominados debido a que la sociedad de fines del siglo veinte no se puede explicar en términos reduccionistas, limitando la realidad compleja a un sólo factor explicativo.

Vivimos una época en la cual el propio éxito científico-tecnológico ha aniquilado un viejo paradigma: el del progreso indefinido. Hoy entendemos que no necesariamente todo avance es para mejor, que se puede ir hacia adelante como hacia atrás, que los símbolos de vida también pueden serlo de muerte, que el desarrollo tecnológico puede generar subdesarrollo espiritual, que las sociedades más ricas son a la vez pobres en trascendencia, que aquellos que tienen satisfechas sus necesidades de abrigo y alimentación tienen insatisfechas las de seguridad, amor o afecto. Los hombres han entendido algunas limitaciones a su poder: que existe un límite cultural a la revolución tecnológica, que lo que es posible en ese dominio no lo es en lo social o en lo económico. Por último, que al iniciarse la era genética, las mayores preguntas que se plantean no son técnicas, sino morales.

Es ése el punto central de las relaciones de poder a fines del siglo veinte: el problema ético. Todo poder se entiende como un deber y como un servicio. Todo uso con otro fin es manipulativo y por lo tanto, ilegítimo. El poder trae consigo un imperativo ético: construir un mundo mejor para nosotros y sobre todo, para nuestros descendientes. Ese es el servicio. Por su parte, el deber está constituido por la obligación de respetar la vida, toda vida.

Tenemos la obligación de mirar el futuro con optimismo. Hemos logrado enormes avances desde la última glaciación, en estos doce o quince mil años que constituyen todo el registro civilizador del hombre. Nuestra generación vive más segura y protegida de las incertidumbres del hambre, la guerra y la enfermedad que ninguna otra en el pasado. No nos dejemos avasallar por la sensación falsa de crisis inmanejable. Inscribamos los datos que recibimos todos los días en el contexto de las tendencias que estamos viviendo. El tren de la historia pasa una vez. Subámonos a él.

